

# El Vagabundo de las Tortugas

de Manuel Rojas

HACE POCO, EN CHILLAN, conversando con un lector, le oí decirme:

—¿Cuánto me gusta ese vagabundo que hay en "Hijo de ladrón"!

—¿Cuál? Porque hay varios —le dije.

—Ese que el personaje suyo encuentra a orillas del río Aconcagua, el de las tortugas.

—¿El de las tortugas? Ah, sí.

No quise decirle que había muerto recién y que nunca llevó ninguna tortuga, por pequeña que fuese, en sus bolsillos. ¿Por qué lo puse, entonces, en ese libro, con un par de tortuguitas? Sin duda, para destacar y hermosear su figura y su recuerdo. Fue mi amigo y mi compañero, lo quise mucho, y su figura, por una parte, y su nombre, por otra, aparecen en mi obra, a veces con el suyo propio, a veces con otro, siempre en un lugar destacado, preferente. Hace años, viajando en un tren hacia el sur, Máximo Jeria leía. Un señor que se sentó a su lado o al frente, le preguntó:

—¿Qué lee usted?

Le dijo lo que leía y charlaron. Máximo le contó que leía mucho y el señor le dijo que él escribía, era escritor; vivía en San Fabián de Alico.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el escritor al lector.

—Máximo Jeria —contestó mi amigo.

Hubo un instante de silencio y luego el escritor dijo:

—Yo conozco ese nombre: sale en un cuento de Manuel Rojas.

—Sí —respondió Jeria—: en "El Cachorro".

—Eso es: en "El Cachorro". Y la charla siguió:

—¿Cuándo y cómo conocí yo a Máximo Jeria? Lo he contado en un libro mío, "Antología autobiográfica". Refiriéndome a "Hijo de ladrón", digo: "De los personajes que hay en él, son auténticos, por orden de aparición y en la primera parte, Luis Hevia-Manuel Rojas, Aniceto Hevia y el vagabundo, que Aniceto encuentra a orillas del río Aconcagua, ese que lleva unas tortugas. El nombre civil de esa persona, que en esta novela aparece sin nombre, con el suyo propio en mi cuento "El Cachorro" y con el de Patricio Reyes en "Mejor que el vino", es el de Máximo Jeria. Lo conocí en Buenos Aires, en 1921, una tarde en que, después del ensayo de la obra con que la Compañía Mario-Padín debutaría — "Nuestras víctimas", de Víctor Domingo Silva—, salí a la calle a descansar un poco. En el vestíbulo alguien me detuvo y me preguntó si yo era Manuel Rojas. Contesté que sí. Se presentó y me dijo que, como chileno, se interesaba por aquella compañía; había leído mi nombre en los programas y como sabía que era poeta, pues había leído un número de la revista mendocina "Ideas y Figuras", dedicado por entero a mis poesías, venía a conocerme. Nos hicimos amigos y continuamos siéndolo hasta ahora. Me contó su vida, le conté la mía, me presentó a su mujer, conocí a los dos niños que entonces tenía y cuando decidí

quedarme en la Argentina, vivimos juntos, primero en el pueblo de Banfield y después en el de Lanús, cerca de Buenos Aires. Dos años más tarde, Jeria se trasladó a San Juan y al año siguiente yo regresé a Chile. Poco tiempo después llegó a Santiago con un hijo más; la Compañía Singer, para la cual trabajaba, había decidido trasladarlo desde San Juan a Talca; allí le nació otro hijo. De Talca pasaron a Temuco o a Concepción, no recuerdo bien, y al cabo de unos años la familia reapareció en Santiago: Jeria se iba a Honduras, a la ciudad de San Pedro Sula, a dirigir la venta de las máquinas Singer —no sabe más que vender máquinas de esa marca y creo que morirá ofreciendo agujas, correas, motores, aceite, facilidades de pago, profesoras de bordado, todo de Singer—, dejó la familia y se fue. Desde allá mandó fotografías: se le admiraba vestido de blanco y delante de unas matas de plátano. Parecía un gerente de la United Fruit Company. Un día, su mujer, Angela, que aparece también, por lo menos nombrada, en mi cuento "El Cachorro", contó a María Baeza que no se sentía bien. Lo supe, me asusté y hablé con un médico conocido, quien me dijo que se la llevara. La examinó y declaró que era preciso tratarla lo antes posible; se mejoraría en seguida; cuestión de días. La llevamos al Instituto del Radium, le hicieron una aplicación y murió a los dos días. ¿Qué pasó? Nunca lo supe. ¿Qué hacer? Escribí a mi amigo una larga carta y me llevé a sus hijos para mi casa. Yo tenía tres niños; reuni siete chiquillos. Por suerte vivíamos en una casa grande, en la calle que se llamaba Avenida Central y que hoy lleva el nombre de Dr. Johow, en Nuñoa. Allí murió, muy poco tiempo después, María Baeza. Era una casa que nos agradaba y muchas veces pensamos comprarla, pero valía ciento quince mil pesos, y no pudimos, ni aun juntando nuestros dos sueldos, comprarla por medio de una Caja de Previsión. Jeria me escribió y la cosa siguió así hasta unos meses más tarde, en que fue trasladado a Lima, Perú. Los niños se reunieron allá con él. Regresó después a Chile y trabajó, primero, en Santiago, luego en Concepción y Temuco o al revés, se casó de nuevo, tuvo otro hijo y finalmente se estableció en Santiago. Por los días en que escribo estas líneas —noviembre de 1961—, está jubilado, aunque siempre piensa en instalarse con alguna tiendecita que le permita vender máquinas Singer. Máximo Jeria fue el hombre que copió a máquina, en Buenos



23  
~~1~~

Aires, el primer cuento que escribí, "Laguna". Es uno de los hombres más finos que he conocido, de gran sensibilidad y de una cultura literaria bastante amplia. Gran conversador, oírle contar su vida era para mí un deleite y lo es para cualquiera. Dos de sus historias están, aunque muy estilizadas, reproducidas en este libro —"Hijo de ladrón"—. Es uno de mis más estimados colaboradores".

En "Mejor que el vino" se halla una descripción más o menos detallada de la vida que llevamos en Buenos Aires, Máximo Jeria, su mujer, sus hijos y yo. Faltan ahí, por supuesto, miles de pequeños asuntos, el pueblo, la búsqueda de habitación, los barrios de la ciudad, los vecinos, el suburbio, los largos paseos, las conversaciones, anécdotas de uno y otro. Lo esencial, sin embargo, está fijado.

Este año, mientras estaba en Eugene, Oregón, un hijo mío me escribió: "Don Máximo Jeria está enfermo". Yo sabía ya que lo estaba y creí que era sólo una agudización pasajera; pero no lo fue: "Don Máximo Jeria no resistió la enfermedad y murió" decía la otra carta. Recordé cada parte y cada aspecto de nuestra amistad, cada rasgo de su simpatía y de su gentileza. No era el primer personaje mío que se iba, aunque Jeria no era sólo un personaje; era, más que nada, un amigo. Muchos otros personajes han muerto, unos sin yo saberlo, otros sabiéndolo, todos sin pedirme permiso; a algunos los he sentido, otros, aquellos que eran mis personajes por intervención de segunda persona —alguien que me contó una historia—, no. No eran productos directos míos.

Una anécdota suya que debí haber contado, aunque, la verdad, no hallé dónde colocarla, es la que resultó de una pelea a puñetazos que tuvo con el mayordomo de un conventillo de Mendoza, hombre atrabiliario que se encontró un día con los puños de mi amigo, quien, a pesar de sus maneras tan suaves y corteses, poseía en

CELICH UC

Instituto de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©

buen grado el arte de pelear a puñetazos. Se dieron unos golpes y después, como era hora de trabajo, Jeria se fue; en la tarde, al volver, supo que el mayordomo había muerto y que dos policías lo estaban esperando: "había contra él una acusación de asesinato. Fue llevado preso, muerto de miedo y de sorpresa: ¿cómo podía haber matado a un hombre con dos o tres puñetazos? Una autopsia, sin embargo, reveló que el mayordomo había muerto de un infarto a raíz de la exaltación que le produjo la

pelea. Mi amigo respiró y fue puesto en libertad.

Hay en Santiago una calle que lleva su mismo nombre, y lo lleva en honor de quien fuera su padre, distinguido profesor de la Escuela de Agronomía y director, por muchos años, de esa escuela y de sus dependencias, la Quinta Normal. Para mí, esa calle los recuerda a los dos, al padre y al hijo, seres diferentes y, también para mí, y en lo que respecta al hijo, ser noble e inteligente, buen amigo y compañero de algunos de mis años de juventud.

1965